

agosto de 1850, empezó su agonía. « Esta es la fatiga de la muerte », exclamó, y expiró en brazos de la hija de su amor, á las tres de la tarde, á la edad de setenta y dos años y seis meses, para renacer á la vida de la inmortalidad. Chile y la República Argentina le levantaron estatuas. El Perú le debe todavía la que le decretó. La nación argentina unida y constituida según sus votos, repatrió sus restos mortales, celebró su apoteosis, y le erigió su monumento fúnebre en la catedral de su metrópoli como al más grande de sus trascendentales hombres de acción consciente.

V

Hemos dicho, que en el orden definitivo de las cosas, el triunfo final de los principios elementales de la revolución sud-americana, corresponde á San Martín, aunque la gloria de Bolívar sea mayor; porque si el uno es más colosal y llena mejor su misión activa de libertador, el otro es moral, militar y políticamente más grande y equilibrado, por su carácter, por su ciencia y conciencia, y por los resultados ulteriores que responden á su iniciativa.

En la vida pública de San Martín y Bolívar se combinan y se distribuyen desigualmente los dos elementos de que se compone la historia: uno activo y presente, que forma la masa de los hechos; otro pasivo y trascendental que constituye la vida futura. De estos dos elementos, surge uno nuevo, que se combina con ambos, y es la impresión en las almas contemporáneas y la influencia en la posteridad, que viven como idea abstracta ó como efectos de causa anterior, cuyas vibraciones armónicas se prolongan en el tiempo. Bolívar representó una de estas fases, y San Martín la otra. La obra política de Bolívar en el orden nacional é internacional, ha muerto con él,

y sólo queda su heroica epopeya libertadora al través del continente por él independizado. La obra de San Martín le ha sobrevivido, y la América del Sud se ha organizado según las previsiones de su genio concreto, dentro de las líneas geográficas trazadas por su espada.

La revolución sud-americana, como queda indicado, está representada durante la lucha de la independencia, por dos hegemonías político-militares: la argentina primero, que asume el carácter de chileno-argentino-peruana después, acaudillada por San Martín; y la hegemonía guerrera de Colombia, acaudillada por Bolívar.

La República Argentina, al dar la señal de la guerra ofensiva en 1817 y reconquistar á Chile, impuso á su general por regla de conducta, infundir á los pueblos libertados por sus armas que « ninguna idea de opresión ó conquista, ni intento de » conservar la posesión del país auxiliado, la llevaba fuera » de su territorio, y que la consolidación de la independencia » y la gloria de las Provincias Unidas del Sud, eran los únicos » móviles á que debía atribuirse el impulso de la campaña » (véase cap. XIII, § VII). Libertado Chile por las armas argentinas, celebróse una alianza sobre la base de su recíproca independencia, á fin de garantizar la de las demás secciones americanas, y llevar adelante su plan de propaganda armada con arreglo á un nuevo derecho internacional, que sólo admitía por excepción las intervenciones contra el enemigo común en nombre de la solidaridad de destinos, repudiando las conquistas y las anexiones como hechos perturbadores del equilibrio futuro; y como consecuencia de estos principios fundamentales, la formación del mapa político de la América meridional, con sus fronteras definidas por la tradición histórica, sin violar los particularismos nacionales. Su fin era la emancipación con todas sus consecuencias lógicas y necesarias de hecho y de derecho, libertando pueblos para entregarles sus propios destinos, y determinar así la regla según la cual

las nuevas nacionalidades debían constituirse en el futuro en obediencia á su espontaneidad. Este programa, cumplido en todas sus partes, da la clave para explicar el movimiento alternado y progresivo de la revolución sud-americana en su desarrollo gradual y en sus resultados ulteriores y finales. Según él, se organizan las Provincias Unidas del Río de la Plata dentro de sus propios elementos coherentes; reasume Chile su soberanía y se declara la independencia del Perú, bajo los auspicios de la hegemonía argentino-chilena. El mapa político del sud de la América meridional queda trazado. Esta es la obra que representa San Martín como libertador, y esta obra es el equilibrio internacional sud-americano, que la Europa no ha encontrado todavía (11).

La hegemonía colombiana, más guerrera que política, obedece á otro principio y á otros propósitos. Bajo la mano poderosa de Bolívar, se condensa la revolución del norte de la América meridional; los particularismos violentados se confunden, las fronteras se borran, y Venezuela, Nueva Granada y Quito forman un gigantesco cuerpo de nación,

(11) El único escritor que conozcamos, que haya encarado esta evolución orgánica bajo un punto de vista análogo, es el doctor Bernardo de Irigoyen, — autor de uno de los mejores ensayos sobre San Martín, — quien dijo en un discurso pronunciado en la colación de grados de la facultad de derecho y ciencias sociales, en la Universidad de Buenos Aires el 24 de mayo de 1886 : « Las colonias españolas carecían de antecedentes espontáneos y de elementos de una política propia, y lo que » puede llamarse la fuerza de la tierra natal, consistía en el sentimiento » de la independencia. Convertidos en Estados soberanos, reconocieron » la integridad del territorio que ocupaban en la fecha de la historia » de su emancipación, y condenaron las anexiones y las conquistas » como trastornadoras del equilibrio y la paz continental. Esas declaraciones, que fueron el vínculo indisoluble de la solidaridad americana, deriváronse de intereses idénticos, y quedaron incorporadas á » las relaciones diplomáticas de las repúblicas independientes. El olvido » de esas reglas de justicia ha producido en Europa transformaciones » continuas y guerras desastrosas; legando incertidumbres á la actualidad, rivalidades y enigmas al porvenir ».

poderoso como máquina de guerra, pero débil por su falta de cohesión geográfica y social. Este es el tipo de la política colombiano-boliviana; libertadora, conquistadora y absorbente. Bolívar liberta al Perú; pero lo convierte en nación parásita de Colombia: liberta al Alto Perú, y lo convierte en feudo de su personalidad. Pretende unificar artificialmente los nuevos Estados autonómicos, fundando un imperio monocrático con presidencias vitalicias, en oposición á las leyes naturales y en pugna con el nuevo derecho de gentes inaugurado por la hegemonía argentina, y al reaccionar contra las mismas tendencias de la revolución, quiere hacerla retrogradar al régimen colonial en lo administrativo é imponer en el orden del derecho público instituciones que repugnan á la índole democrática de los pueblos.

Las políticas de estas dos hegemonías, constituyen el último nudo internacional de la revolución sud-americana. En el choque de estas dos políticas continentales, prevalece por sí mismo el principio superior á que obedecen los acontecimientos por gravitación natural. Militarmente operan su conjunción en el Ecuador, y sus armas se combinan para dar los golpes finales al enemigo común, en Quito y el Perú. En el Perú se opera su divorcio. En Bolivia se encuentran frente á frente. La República Argentina, cede de sus derechos históricos y reconoce la independencia del Alto Perú, fiel á sus principios proclamados. Declara al mismo tiempo al Libertador, que pretende llevar sus armas hasta el Paraguay para someterlo, que el principio tradicional de su política respecto de las diversas secciones americanas, se fundaba en la regla de no hacer entrar ningún territorio por la fuerza en la asociación nacional, ni intervenir en su orden interno.

En este contacto y este choque, la política boliviana se gasta y es vencida. El Perú se emancipa de su tutela y Bolivia se subleva contra su dominación reasumiendo la in-

tegridad de su soberanía. Colombia se disuelve en manos de su creador. Venezuela, Nueva Granada y Quito se convierten en repúblicas independientes, obedeciendo á la ley orgánica de su naturaleza. Toda la América queda definitivamente organizada en el orden interno y en el orden internacional, según el plan geográfico y político de la hegemonía argentino-chileno-peruana, representada por San Martín. La gloria de Bolívar es imperecedera y su acción como libertador más decisiva en su tiempo; pero su obra política muere con él, y no le sobreviven ni sus designios, ni sus tendencias, ni sus ideales, porque estaban en pugna con las leyes naturales y perturbaban el dinamismo vital de las nuevas sociabilidades sud-americanas. — La obra de San Martín, le sobrevive en sus efectos inmediatos y en sus resultados ulteriores, y con ella la acción eficiente á que responde como libertador del sud del continente.

VI

Los hombres de acción ó de pensamiento, que como San Martín realizan grandes cosas, son almas apasionadas que elevan sus pasiones á la potencia del genio y las convierten en fuerzas para obrar sobre los acontecimientos, dirigirlos ó servirlos. Ellos marcan las pulsaciones intensas de una época, de las que se deduce una ley positiva, reveladora de las leyes morales en actividad, y de percusión de las ideas circulantes en la corriente humana. Manifestaciones de una vida múltiple y de una potencia individual, condensadores ó generadores del movimiento fecundo, obran sobre su tiempo como una acción eficiente ó se lanzan en las corrientes permanentes, y de este modo su influencia se prolonga en los

venideros como hecho durable ó como pensamiento trascendental.

Así como cada pueblo tiene un rasgo principal, del que todos los demás se derivan, y como las partes componentes del pensamiento se deducen de una cualidad original, así también en los hombres que condensan las pasiones activas de su época, todos sus rasgos y cualidades se derivan y deducen de un sentimiento fundamental, motor de todas sus acciones. En San Martín, el rasgo primordial, el sentimiento generador de que se derivan y deducen las cualidades que constituyen su ser moral, es el genio del desinterés, de que es la más alta expresión en la revolución sud-americana, ya sea que medite en su limitada esfera intelectual, luche, destruya, edifique según sus alcances; mande, obedezca, abdique y se condene al eterno silencio y al eterno ostracismo.

Según este criterio y esta síntesis, puede formularse su juicio póstumo, sin exagerar su severa figura histórica, reducida á sus proporciones naturales, ni dar á su genio concreto, de concepciones limitadas, un carácter místico, al reconocer que pocas veces la intervención de un hombre fué más decisiva que la suya en los destinos de un pueblo, explicando á la vez la aparente contradicción y fluctuación de sus ideas y principios guiadores en medio de la lucha, por la inflexible lógica del hombre de acción en presencia del pasado y del presente, bajo la luz en que le vieron los contemporáneos y lo contemplarán los venideros. Como lo hemos dicho ya, la grandeza de los que alcanzan la inmortalidad, no se mide tanto por la magnitud de su figura ni la potencia de sus facultades, cuanto por la acción que su memoria ejerce sobre la conciencia humana, haciéndola vibrar de generación en generación en nombre de una pasión, de una idea, de un resultado ó de un sentimiento trascendental. La de San Martín pertenece á este número. Es una acción y

un resultado que se dilata en la vida y en la conciencia colectiva, más por virtud intrínseca que por cualidades inherentes al hombre que las simboliza; más por la fuerza de las cosas que por la potencia del genio individual.

San Martín concibió grandes planes políticos y militares, que al principio parecieron una locura, y luego se convirtieron en conciencia que él convirtió en hecho. Tuvo la primera intuición del camino de la victoria continental, no para satisfacer designios personales, sino para multiplicar la fuerza humana con el menor esfuerzo posible. Organizó ejércitos poderosos, que pesaron con sus bayonetas en las balanzas del destino, no á la sombra de la bandera pretoriana ni del pendón personal, sino bajo las austeras leyes de la disciplina, inoculándoles una pasión que los dotó de un alma. Tuvo el instinto de la moderación y del desinterés, y antepuso siempre el bien público al interés personal. Fundó repúblicas, no como pedestales de su engrandecimiento, sino para que vivieran y se perpetuaran por sí, según su genialidad libre. Mandó, no por ambición, y solamente mientras consideró que el poder era un instrumento útil para la tarea que el destino le había impuesto. Fué conquistador y libertador, sin fatigar á los pueblos por él redimidos de la esclavitud, con su ambición ó su orgullo. Abdicó conscientemente el mando supremo en medio de la plenitud de su gloria, si no de su poder, sin debilidad, sin cansancio y sin enojo, cuando comprendió que su tarea había terminado, y que otro podía continuarla con más provecho para la América. Se condenó deliberadamente al ostracismo y al silencio, no por egoísmo ni cobardía, sino en homenaje á sus principios morales y en holocausto á su causa. Sólo dos veces habló de sí mismo en la vida, y fué pensando en los demás. Pasó sus últimos años en la soledad con estoica resignación, y murió sin quejas cobardes en los labios, sin odios amargos en el corazón, viendo triunfante su obra y deprimida su gloria. Salvador

de la independencia de su patria en momentos en que la República Argentina vacilaba sobre sus cimientos, fundó dos repúblicas más, y cooperó directamente á la emancipación de la América del Sud. Es el primer capitán del nuevo mundo, y el único que haya suministrado lecciones y ejemplos á la estrategia moderna, en un teatro nuevo de guerra, con combinaciones originales inspiradas sobre el terreno, al través de un vasto continente, marcando su itinerario militar con triunfos matemáticos y con la creación de nuevas naciones que le han sobrevivido.

El carácter de San Martín es uno de aquellos que se imponen á la historia. Su acción se prolonga en el tiempo y su influencia se trasmite á su posteridad como hombre de acción consciente. El germen de una idea por él incubada, que brota de las entrañas de la tierra nativa, se deposita en su alma y es el campeón de esa idea. Como general de la hegemonía argentina primero, y de la chileno-argentina después, es el heraldo de los principios fundamentales que han dado su constitución internacional á la América, cohesión á sus partes componentes, y equilibrio á sus Estados independientes. Con todas sus deficiencias intelectuales y sus errores políticos, con su genio limitado y meramente concreto; con su escuela militar más metódica que inspirada, y á pesar de sus desfallecimientos en el curso de su trabajada vida, es el hombre de acción deliberada y trascendental más bien equilibrada que haya producido la revolución sud-americana. Fiel á la máxima que regló su vida: «FUÉ LO QUE DEBÍA SER» y antes que ser lo que no debía, prefirió: «NO SER NADA». POR ESO vivirá en la inmortalidad.